Medianoche en el Tejar

Alejandra So.Ma

"Para aquel taxista que me relato como vio a
un hombre que se convitió en serpiente hace 25
años cerca de donde ahora vivo"

Faltaba un cuarto para medianoche, ya había finalizado mi jornada. Conducía camino a casa, cuando en una esquina del parque vi a un joven que me hacía señas para que me detuviera. -¿Qué es un viaje más?- me dije a mi mismo antes de aparcar el taxi para que este se subiera.
- Al Tejar- pronuncio el muchacho con dificultad. Su aspecto era pálido, sus ojos vagaban por la carretera sin enfocarse en un punto fijo. Pensé que estaba ebrio, ya que su aspecto era parecido al de muchos borrachos que habían viajado conmigo.
Conducía en silencio, pero a través del espejo vi como el chico se iniciaba a retorcer. Maldije para mis adentros creyendo que vomitaría en los asientos. Faltaban unas pocas calles para llegar al Tejar.
Débilmente me indicaba por donde tenía que ir y siguiendo sus instrucciones faltaban unos cuantos minutos para llegar. Al ver los gestos de dolor que el muchacho manifestaba, me preocupe al ver que no era un simple malestar causado por el alcohol.
- ¿Está usted bien?- trate de mirarlo por el espejo y pude notar como las venas iniciaban a marcarse en su cara. Sus ojos ahora con un tono violáceo a su alrededor y parecían a punto de salir.
- ¿Cuanto falta para medianoche?- me preguntó suplicante, mientras decía esto juro que vi como el espacio entre los dedos de sus manos que se movían desesperadamente comenzaba a cerrarse.
- Cinco minutos- respondí buscando tranquilizarlo. Fielmente aún me aferraba a la idea de que fuera a vomitar y solo estaba buscando controlarse para no hacerlo en mi taxi. Sin embargo mis palabras solo parecieron alterarlo más ya jaló su cabello frustrado para luego intentar abrir las ventanas.
- ¡Necesito llegar antes de medianoche!- repetía una y otra vez como si diciéndolo muchas veces fuera a hacer que el carro avanzara más rápido. Para hacer más rara la situación en la que nos encontrábamos, el chico inició a aflojar su cinturón. No sabía el porqué lo estaba haciendo, solo lo veía sudar y fruncir el ceño como si aguantara un dolor interno mientras yo deseaba llegar pronto a donde fuera que este necesitara llegar. - Ya no puedo, me voy a convertir.
- ¿En qué?- la pregunta salió de mi boca a penas la pensé.
- En una serpiente.

Lo último lo dijo sin mirarme a la cara, como si solo el hecho de pronunciarlo en voz alta lo avergonzara. Ahora no sabía cuál de los dos estaba más pálido. Apreté el acelerador tratando de escapar de aquello tan extraño que estaba sucediendo en mi asiento trasero. El chico estaba en posición fetal, ya no podía ver su rostro, solo escuchaba sus respiraciones aceleradas.
- ¡Deténgase aquí!- frené el auto, lo curioso es que no había gritado esta orden, sino había sonado más como un siseo. De repente, sentí como uno de los lados del auto se hundía como si alguien se hubiese sujetado de él antes de caer. Tomé valor para mirar el asiento trasero y comprobar el estado del chico.

No había nadie.

Solo un billete con una cantidad mayor de lo que había costado el viaje.

Mi reloj emitió un pitido, eran las doce.

Preso del pánico inicié a fijarme por todos lados, buscando la figura del chico que minutos antes había estado aquí. No vi a nadie, por lo menos a ningún chico. No quise bajarme del auto, aún no procesaba todo lo que había pasado. Estaba tratando de recuperar el aire cuando vi algo por la ventana.

Era una serpiente negra que se alejaba entre el zacate, buscando escabullirse. Buscando esconderse. Estaba a solo unos metros de las casas que el chico me había indicado. Quiero creer que el corrió hacia allí. Quiero creer que se bajó del auto con tanta rapidez que no oí la puerta cerrarse. Quiero creer que huyo al ver la serpiente que había aparecido justo cuando él se bajo. Eso es lo que me repito mientras conduzco hacia mi casa, lo hago mientras me detengo en una gasolinera asegurando que el combustible me rendirá para llegar. Quiero creer que lo que estuvo en mi taxi, fue un hombre no una serpiente.

El chico que me atiende, me pregunta si estoy bien. Lo miro y asiento mientras le pasó ese billete que fue dejado en mi asiento minutos atrás. Juro que huele a serpiente y a zacate cuando lo entrego. El chico me desea buenas noches y yo enciendo mi carro para ahora sí volver a mi casa.

Los siguientes años, traté de trabajar como siempre lo había hecho antes de que esto pasara. Terminaba antes de medianoche y por meses no pude hacer viajes al Tejar que no fueran de día. Hasta que en una tarde de setiembre mientras transportaba a una pareja, lo vi. No se parecía nada a aquel muchacho al que vi transformarse en septiembre hace unos meses. Pero lo pude escuchar sisear una despedida en mi cabeza mientras me alejaba del Tejar.